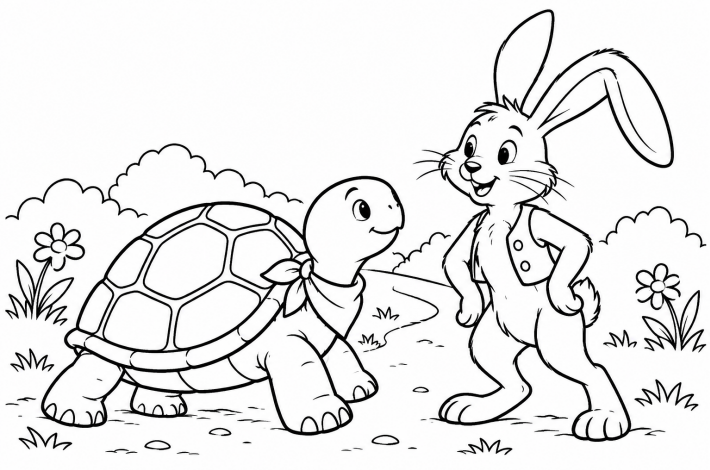
Desde aquel día, a Hugo todavía le encantaba correr con el viento. A Tula todavía le encantaban sus caminatas tranquilas. Pero cuando comenzaban algo importante, recordaban la canción de la pradera.

Paso, respiro, miro y voy. Con constancia llego adonde voy. Digámoslo una vez más: paso, respiro, miro y voy. Con constancia llego adonde voy.



La tortuga y la liebre

Colorea tu cuento



Este libro es de:

.....

Escucha el cuento

y sigue la historia.

La tortuga y la liebre. En la orilla de una pradera soleada vivía Hugo, una liebre joven a la que le encantaba correr. Corría con las hojas que caían. Corría con su propia sombra. Hasta corría con la brisa, aunque la brisa nunca se detenía para declarar un ganador.

"¡Patas rápidas, patas voladoras!", cantaba Hugo. "¡Nadie en la pradera corre más rápido que yo!"



Mara le dio a Tula una cinta con una pequeña huella dorada. También le dio a Hugo una cinta verde. "Esta es por aprender", dijo Mara. "Una buena carrera puede enseñarles algo a todos los corredores."

A la mañana siguiente, Hugo se encontró con Tula junto al estanque. "¿Puedo acompañarte en tu caminata?", preguntó. Juntos pasaron junto a las tres margaritas, rodearon la piedra gris y caminaron bajo el sauce. Hugo practicó el ritmo de Tula. Tula practicó un pequeño salto de alegría. Después se rieron e inventaron un juego. Hugo corrió adelante para dejar hojas de colores en el camino, y Tula encontró cada una.

Bajó las orejas. "Estaba tan ocupado demostrando lo rápido que soy que olvidé seguir avanzando. Y pasé junto a Pipo sin ayudarlo." Tula respiró lentamente. "Eres maravillosamente rápido, Hugo. La velocidad es un don. Funciona mejor cuando la usas con cuidado."

Hugo miró el sendero y después a sus amigos. "Felicitaciones, Tula. Seguiste todas las señales, ayudaste a Pipo y nunca te rendiste." Los animales celebraron otra vez, esta vez por los dos amigos: por el valor constante de Tula y por la disculpa sincera de Hugo.

Cerca del estanque vivía Tula, la tortuga. Cada mañana seguía el mismo camino: pasaba junto a tres margaritas, rodeaba una piedra gris y lisa, y caminaba bajo el sauce. Paso, respiro, miro y voy. Con constancia llego adonde voy.

Una mañana, Hugo dio tres vueltas rápidas alrededor de Tula. "¿Estás caminando?", preguntó. "¿O estás quieta de una manera muy lenta?" Tula sonrió. "Camino a la velocidad que me queda bien." Hugo saltó sobre la piedra gris. "Yo podría cruzar toda la pradera antes de que tú llegues al sauce." "Tal vez", dijo Tula. "¿Quieres intentarlo?"

Los animales de la pradera se reunieron enseguida. Pipo, la ardilla, llevó una banderita azul. Mara, la lechuza, eligió una ruta segura desde el roble viejo hasta el arco de girasoles. "El camino tiene tres señales", explicó Mara. "Primero está el arbusto de frutos rojos, después el puente de madera y luego el molino. Sigan la ruta, ayuden a quien lo necesite y terminen bajo el arco de girasoles."

Pipo levantó la bandera. "¡Preparados, listos, ya!" Hugo salió disparado como una flecha marrón y esponjosa.

Hugo corrió más rápido que nunca. Sus patas tamborilearon sobre el sendero. *¡Tum-ta-tum, tum-ta-tum, tum-ta-tum!* Los animales que esperaban en la meta animaron a los corredores. Mara abrió las alas. Pipo levantó la bandera azul. A Tula solo le faltaban seis pasos. ¿Puedes contar con ella? Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Tula cruzó bajo el arco de girasoles. Pipo agitó la bandera. "¡Tula terminó el recorrido!" Un latido después, Hugo se detuvo a su lado.

Tula cruzó el puente, subió la larga colina y llegó al molino. Escuchó los ronquidos bajo el helecho. Podría haberse reído, pero no lo hizo. Sencillamente siguió avanzando. Paso, respiro, miro y voy. Con constancia llego adonde voy. ¿Quieres susurrar el ritmo para dejar dormir a Hugo? Paso, respiro, miro y voy. Tula pasó junto al molino. A lo lejos apareció el arco de girasoles, brillante y dorado.

En ese momento, una ráfaga sacudió el helecho. Hugo despertó de un salto. "¡La carrera!", gritó. Vio a Tula muy adelante, caminando hacia la meta.

¡Zuum! Pasó junto a las margaritas. *¡Zuum!* Rodeó el arbusto. *¡Zuum!* Bajó la colina. Tula comenzó con un paso cuidadoso y luego dio otro. Paso, respiro, miro y voy. Con constancia llego adonde voy. ¿Puedes caminar con dos dedos sobre tu mano como Tula? Paso, paso. Paso, paso. No hace falta correr.

Al llegar al arbusto, Hugo se detuvo para comer un fruto rojo. Después comió otro. Y luego uno más, porque era muy redondo y brillante. "Todavía estoy muy adelante", dijo. "Me sobra tiempo." Tula llegó al arbusto. Eligió un fruto, le dio las gracias a la planta y continuó.

Hugo volvió a correr y desapareció por el sendero. En el puente de madera, Pipo intentaba empujar un carrito de bellotas sobre un pequeño desnivel. Una rueda giraba en el aire. Hugo saltó al otro lado sin disminuir la velocidad. Tula se detuvo junto a Pipo. "¿Te ayudaría un empujón suave?", preguntó. Juntos contaron: "Uno, dos, tres... ¡empujen!"

El carrito pasó sobre el desnivel. "¡Gracias!", gritó Pipo. Tula cruzó el puente y continuó con su ritmo tranquilo. Paso, respiro, miro y voy. Con constancia llego adonde voy.

Mucho más adelante, Hugo llegó al molino. Sus aspas rojas giraban lentamente en el aire tibio. *Fuu, fuu, fuu*. Hugo miró hacia atrás. El sendero estaba vacío. "Tula tardará muchísimo", dijo. "Puedo descansar un momentito."

Se acomodó bajo un helecho suave. El molino susurraba: *fuu, fuu, fuu*. Una abeja zumbaba: *bzzz, bzzz*. Hugo cerró los ojos. Muy pronto comenzó a roncar. *Jrr, puf. Jrr, puf*.